

## BAILES.

### I.

*Cum saltatrice ne assiduissis... ne forte  
pereas in efficacia illius.*

No frecuentes el trato con la bailarina, si  
no quieres perecer á la fuerza de su atrac-  
tivo.

(Ecl. ix, 4.)

En ninguna época, amados hermanos míos, se vió mas claramente que en la actual, la oposicion en que se encuentran el mundo y la Iglesia de Jesucristo. La Iglesia, como para prepararse á la solemne penitencia que va á imponerse en la Cuaresma, empieza á ocuparse en objetos tristes y lúgubres; recuerda en sus santos officios la caída del primer hombre y los males que de ella se siguieron; suspende sus cánticos de gozo y alegría, cúbrese de luto; y el mundo, por el contrario, afecta en esos mismos dias un exceso de alegría y disipacion; renueva los desórdenes y las locuras mas vergonzosas del paganismo; solo habla de saraos, de danzas y fiestas profanas; y las familias mas cristianas, arrastradas por el torrente, no pueden ménos de mostrar, como las demas, el pesar que les causa la aproximacion de la penitencia. Hagamos pues oír la voz de la religion, y enseñe ella á los cristianos su obligacion de evitar y detestar esos peligrosos placeres. Mi voz se levantará hoy principalmente contra los bailes y danzas, tan comunes ordinariamente en estos dias; pero ¿á quién indicaré el peligro? no á los enemigos de la cruz de Jesucristo, de quienes el Apóstol no hablaba nunca sino con dolor; hombres cuyos pensamientos y afecciones se fijan todos en la tierra; hombres que cifran su gloria en lo que causa su confusion y vergüenza, y cuyo fin será la condenacion eterna. No: no son esos los hombres á quienes hoy quiero convencer del peligro de esos placeres. No tenemos principios comunes en que apoyarnos, y antes de

instruirles sobre este punto de la moral cristiana, seria preciso ponerles al corriente de los primeros elementos de la religion. A ellos se les puede decir, segun la Escritura, que quien está sucio, prosiga ensuciándose: *Qui in sordibus est, sordescat adhuc.* APOCAL. XXII, 11. Yo quiero hablar á los buenos cristianos, á los que reconocen la autoridad del Evangelio, que respetan á los padres y santos doctores de la Iglesia; á los hombres, en fin, que tienen deseos de saber y no creen haber de vivir solo para este mundo. Empecemos pues, y tomemos de la religion nuestros principios y pruebas. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Una de las máximas mas esenciales de la moral cristiana, es, hermanos míos, que los que quieren profesarla, deben apartarse todo lo posible de un mundo perverso, contra el cual ha lanzado muchas veces Jesucristo terribles anatemas. Mis discípulos, decia este divino Salvador, no son de este mundo, como tampoco lo soy yo. Entre Jesucristo y el mundo hay una oposicion invencible, una guerra irreconciliable; no podemos pertenecer al uno y al otro á un tiempo; no podemos amarles, servirles á entrambos simultáneamente. Y ¿por qué? Porque todo lo que hay en el mundo es, ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos, ú orgullo de la vida: lo cual no viene de Dios, sino del mundo. Estos son, digámoslo así, los tres caracteres de la reprobacion que lleva el mundo; y en esta triple concupiscencia consiste el mal y la oposicion al Espíritu de Jesucristo. Por consiguiente, amados hermanos míos, todo lo que inspira esta concupiscencia, todo lo que la alimenta, todo lo que la favorece, debe ser para nosotros un objeto de aversion y horror. Ahora bien: estas tres concupiscencias se encuentran reunidas en los concursos mundanos de que hoy quiero alejaros: en ellos pululan los objetos mas seductores y mas capaces de inspirar el amor al mundo; en ellos es donde el orgullo se pone mas de manifesto; en ellos es donde la concupiscencia de la carne tiene mas incentivo y fomento.

En primer lugar, hermanos míos, ¿qué hemos de entender por concupiscencia de los ojos, de la que habla el Apóstol, sino el amor á las vanas pompas del siglo, y el placer que hallamos en contemplar su lujo y magnificencia? Nada mas frívolo que el mundo, nada mas vacío que sus placeres, nada mas falso que la dicha que nos promete: él pasa, dice S. Juan, y con él todo lo que forma el objeto de su concupiscencia. Los bienes y utilidades que ofrece, existen ménos en realidad que en figura; pero á esta misma figura trata él de darle

toda la brillantez posible. El demonio, que le extravía, conoce el flaco de los hombres; sabe que sobre este punto casi todos son unos niños, que se enamoran de espectáculos y decoraciones, y que deslumbrándoles la vista, se puede casi contar con cautivarles el ánimo y el corazón. Por esto presta á sus ídolos tantos ornamentos y galas; por esto despliega con tanto boato la magnificencia en los palacios, en los vestidos, en los muebles: por mas convencidos que estemos de la frivolidad de este espectáculo, queremos verlo; y esta grosera asechanza es una de las mas seguras que se nos puede armar.

Decidme, pues, hermanos míos: ¿en qué circunstancia hace el mundo mas alarde de sus pompas, que en los bailes y reuniones de esta clase? ¿No es en ellos donde reune todo lo que juzga mas capaz de fascinarnos, de sorprender nuestra admiracion? ¿No es en ellos donde las mujeres mundanas se muestran con toda la ostentacion de la vanidad? ¿No es todo en ellos lujo, fausto y profusion? Si segun los principios de nuestra religion detestais y os alejais de estas vanas superfluidades; si son esas las pompas de Satanás á que renunciasteis en vuestro bautismo, ¿por qué os agrada tanto considerar sus suntuosas galas? Si os veis obligados á detestar el mundo y combatir contra él; si os está privado conformaros con sus máximas y usos, ¿por qué os exponeis á aficionaros á él? ¿por qué lo frecuentais en los lugares y circunstancias en que se muestra con la apariencia mas capaz de imponeros y seduciros? No preguntéis, pues, que mal haceis al presentaros en semejantes reuniones; preescindiendo de los demas peligros, que luego os indicaré detalladamente, os haceis culpables por la misma aprobacion que dais al lujo y á la vanidad de los mundanos; os haceis culpables por el placer que os causan unas diversiones por todo buen cristiano deploradas; y esta es la concupiscencia de los ojos, que condena el Apóstol, y que forma parte de la corrupcion de un siglo con el cual os está prohibido conformaros. Hay mas, hermanos míos. No solo os complaceis en ver cosas que la religion condena; no solo recibís por los ojos el veneno del amor al mundo, sino que sois respecto de los demas, lo que los demas son respecto de vosotros: tomáis parte en ese espectáculo tan peligroso y tan contrario á la modestia cristiana; el orgullo os induce á imitar este reprehensible lujo, y á rivalizar en magnificencia con los mundanos mas declarados.

Examinemos bien, hermanos míos, los motivos que conducen á esas reuniones á las mas de las personas que las componen, y veremos, que el orgullo supera la voluptuosidad. Una jóven cree tener algunos atractivos; es hermosa á sus propios ojos; algunas atrevidas

lisonjas la han persuadido de que tambien lo es á los de los demas; cree cantar con gusto y bailar con gracia, y espera llamar la atencion, conquistar aplausos y elogios. No es su ánimo corromper corazones, encender en ellos una pasion profana, no: no es tal su desig- nio, ó, á lo ménos, se lo oculta; lo que ella quiere es disputar el premio de la hermosura; lo que ella quiere es embriagarse con el venenoso humo de las lisonjas: esto es lo que la impele y anima; esto es lo que la hace tomar tantas precauciones. Por mas elevado que sea el concepto que ella misma forme de los encantos de que la naturaleza la ha dotado, no tendrá completa confianza en sí misma; no creais que omita ninguna de las invenciones del arte; empleará muchos dias en los preparativos de este para ella tan importante asunto; si la medianía de su fortuna no la permite deslumbrar los ojos con la magnificencia, se sentirá humillada, sí; pero reparará esta desventaja con el gusto, el artificio, la elegancia. Mas ¿cuál será su pesar y despecho, si llegan á ser inútiles tantos cuidados, si se cree despreciada y abandonada, si otra recibe los homenajes que ella destinaba para sí; si en vez de los aplausos que esperaba, oye resonar en todas partes las alabanzas de una rival; si nota en el semblante de los concurrentes, ó una indiferencia despreciativa, ó una crítica de sus maneras y su exterior? ¿Ha sufrido nunca algo mas doloroso y cruel? Decídmelo sinceramente, hermanos míos: ¿no son estos los sentimientos de la juventud, que forma la parte mas brillante de tales reuniones? ¿No se encuentran á veces estos sentimientos en unas mujeres, que por su edad madura y por otros importantes motivos debieran hacerse superiores á tamañas debilidades? ¿Y no incurren tambien los hombres á menudo en esta ridícula vanidad?

No hay que alucinarse; el baile es pernicioso para las costumbres, y propio para fomentar la concupiscencia de la carne, que es el enemigo mas peligroso que hemos de combatir. Así; hermanos míos, así designa la Escritura esa pasion violenta, que arrastra á un sexo hácia el otro, y ejerce un imperio tiránico en el corazón de los hombres. Déjala los mundanos los nombres mas imponentes; considérela como una inclinacion inocente de la naturaleza, ó, á lo mas como una debilidad coonestada por su objeto y consagrada por el ejemplo de los grandes hombres que la han experimentado: por lo que á nosotros toca, iluminados por la antorcha de la fe, la tenemos por uno de los efectos mas funestos de la corrupcion general, por una de las manchas mas negras que nos imprimió el pecado de nuestro primer padre, por una de las causas mas comunes de desórdenes y crímenes. Y segun la sagrada Escritura, la daremos el vergonzoso nombre de

concupiscencia de la carne, porque, en efecto, esa fatal inclinacion nos conduce á los placeres carnales. Cuantos han conocido la naturaleza del corazon humano, han reputado siempre peligrosa la frecuentacion de los dos sexos, de suerte, que el medio mas seguro de mantener la pureza de las costumbres ha sido para ellos separarlos uno de otro, colocando entre los mismos barreras fuertes y numerosas. De aquí las leyes severas que prescribian antes á las mujeres tanta modestia y recato, las obligaban á permanecer dentro de sus casas, únicamente ocupadas en sus quehaceres domésticos ó en la educacion de sus hijos; las prohibian presentarse en público y aun en los templos, si no iban tapadas, y les mandaban evitar con sumo cuidado la frecuentacion y las miradas de cualquier hombre que no fuese su marido. No es la religion cristiana, hermanos míos, la que dictó semejantes leyes: la religion cristiana las encontró vigentes en el pueblo romano, y las adoptó, como las mas adecuadas á mantener la pureza de las costumbres, que debia formar su principal ornamento. Estas leyes fueron observadas durante largos siglos, y todavía lo son en la mayor parte de los pueblos de la tierra. La nacion francesa fué la primera que se emancipó en este punto de la antigua rigidez; ¿debe congratularse de ello? Los pueblos vecinos en donde penetraron esos usos contagiosos, ¿son por ello mas felices ó mas sabios? Cuestiones son estas, amados hermanos míos, que no son de este lugar. No esperamos corregir abusos ya harto arraigados, y que han llegado á ser para nosotros una como segunda naturaleza.

Mas si ya no nos es dado usar de las prudentes precauciones, que nuestros padres tomaron, á lo ménos no nos despojemos de la modestia y decencia que nos quedan. Si á los dos sexos les está permitido verse y tratarse, á lo ménos no sean uno para otro lazos y escollos ciertos, no procuren seducirse mutuamente, el uno con sus palabras y su criminal idolatria, el otro con su vanidad, ostencion é impudencia; conozcan ambos su fuerza y debilidad respectivas, y no aumenten unos peligros que, á pesar de todas sus precauciones, serán siempre innumerables.

Y ¿no es aumentarlos, no es buscarlos directamente el frecuentar las reuniones de que voy tratando? Una mujer que concurre á ellas con todo el fausto de la vanidad; que realza por medio del arte los atractivos que recibió de la naturaleza; que suple con mil invenciones los que le han sido negados; una mujer que baila al son de los instrumentos, en medio de una multitud de hombres que tienen en ella clavada la vista; una mujer que expresa con la suya, y con sus ademanes y pasos, todos los movimientos de una música,

ora lánguida y afeminada, ora viva y arrebatada; una mujer que se halla en tal estado, ¿puede no ocasionar vértigos y caídas? ¿No se aventura á inspirar todas las pasiones que ella expresa? ¿Y las expresaria tan fielmente si ella misma no sintiese ya su aguijón? ¿Qué hubieran pensado de ese peligroso ejercicio, no solo aquellas mujeres, aquellas vírgenes cristianas cuya naturaleza fué corregida por la gracia, y que dejaron á su sexo tantos ejemplos de virtud; sino aquellas romanas, tan famosas en la historia por la severidad de sus costumbres y pureza de su vida?

2. Si, amados hermanos míos; la danza, á la cual se muestra hoy en dia tanta aficion; el baile, que constituye el fondo de vuestros placeres y el objeto principal de vuestras reuniones profanas; el baile, repito, es una diversion la mas peligrosa, segun la Escritura, y los Padres de la Iglesia, y hasta en concepto de algunos paganos. La Escritura nos lo representa como uno de los mejores medios de inspirar las pasiones, como uno de los hechizos mas poderosos de que puede valerse una mujer mundana para rendir el corazon del hombre. No tengais trato con una mujer que baile, nos dice, por no pecar bajo la fuerza de sus encantos. Juan, precursor de Jesucristo, tú serás la perenne prueba de esta verdad: por medio de la danza se hizo dueña una mujer impúdica del corazon de un rey cruel, y tu cabeza fué el galardón de su culpable habilidad!

¿Cón qué energía los Crisóstomos y los Ambrosios no se aprovecharon de ese ejemplo para condenar un arte tan pernicioso! Madres cristianas, dice S. Ambrosio, colegid de aquel deplorable acontecimiento lo que debeis enseñar á las hijas que quereis educar segun los preceptos de la modestia. Dejad ese profano ejercicio á las hijas de Babilonia; dejad á las madres criminales el cuidado de enseñarlo á las hijas, á quienes quieren adiestrar en sus desórdenes. Pero vosotras, que os preciais de honradas, de virtuosas y modestas, instruid á las vuestras en los sólidos principios de la religion y la piedad, y no en el arte seductor de la danza. ¿Qué cosa mas peligrosa para las costumbres, nos dice tambien aquel santo doctor, que los ademanes afeminados, los movimientos disolutos de cabeza y ojos que acompañan la danza? ¿Cómo en medio de ese dañoso placer puede conservarse la modestia y la cordura? No, añade, no hay seguridad para la virtud en una reunion de baile; huid, vírgenes cristianas, huid de este peligroso ejercicio. Así hablaba aquel grande hombre, tan distinguido en el imperio por las dignidades de que habia sido revestido antes de su episcopado, como lo fué despues en la Iglesia por la profundidad de su ciencia y la eminencia de su virtud; y él tambien

se fundaba en la autoridad de los paganos mas sabios. ¿Quién no conoce aquella sentencia del mayor orador de que Roma se ha gloriado: nadie baila sino tiene trastornado el juicio, ó por la locura, ó por el exceso del vino: *Nemo saltat sobrius, nisi forte insanit?* ¿Quién ignora aquel rasgo con que un historiador célebre acaba de pintar una mujer de costumbres relajadas? Sobresalia en la danza, dice, mas de lo que conviene á una mujer virtuosa: *Saltare elegantius quam necesse est probæ.*

3. Hé aquí, pues, amados hermanos míos, lo que antiguamente pensaban, no solo los cristianos, sino los paganos honrados, de un arte que os gusta tanto. Y aun prevalece la misma opinion respecto de la danza. El baile (me refiero al baile público), el baile entre personas de diferente sexo, se ha considerado siempre peligroso para las buenas costumbres. Los mismos mundanos, cuando las amortiguadas pasiones hayan permitido á la razon recobrar sus derechos y su imperio, todos os dirán, que nada es mas peligroso para la devocion y las costumbres que la danza y los bailes. Escuchad aquí, hermanos míos, el testimonio de un cortesano, célebre por las desgracias que le acarrearla la libertad de su pluma: Siempre he creído peligrosos los bailes, decia á sus hijos; esas reuniones suelen componerse de jóvenes que resisten con trabajo á las tentaciones en la soledad; con mas razon en esos lugares, en donde la hermosura de los objetos, las luces, los instrumentos, la agitacion del baile enardecerian á los anacoretas. Los viejos, que creyesen poder ir al baile sin interesar su conciencia, se encontrarían en ridículo; y los jóvenes, á quienes el decoro del mundo parece permitirlo, no podrían ir sin exponerse á grandes peligros. Eso es, añadió, lo que la experiencia me ha enseñado. Y por mas fuerté que sea sobre este punto el testimonio de los Padres de la Iglesia, sostengo, que el del cortesano es de mayor peso todavía.

En fin, amados hermanos míos, yo apelo al testimonio de vuestra conciencia: recordad aquellos felices días en que, disfrutando aun de toda la inocencia que una educacion cristiana habia conservado cuidadosamente, empezasteis á presentaros en el mundo. ¿Qué pensabais entónces de sus pompas, de sus fiestas, de sus placeres? Los considerabais como otros tantos lazos tendidos á vuestra virtud; adelantabais, temblando, en un camino que os parecia cercado de precipicios; suplicabais al Señor, que apartase vuestros ojos y vuestro corazon de esas vanidades. Cuando el respeto humano y un supuesto buen parecer os llevó por primera vez á las reuniones, que hoy censuro, lo sentisteis, y confesasteis con amargura vuestro sen-

timiento al depositario de los secretos de vuestra conciencia. En seguida os cansasteis de luchar contra vosotros mismos; creisteis mas cómodo y fácil considerar inocente lo que primero os pareció tan peligroso; y, por fin llegasteis al extremo de llamar temor pueril el santo terror que antes os inspiraba el mundo. ¿Creeis, empero, ser mas ilustrados ahora que antes? No, hermanos míos; las pasiones que se han fortificado en vuestra alma no pueden producir la luz; solo pueden extinguirla; y, por desgracia, sois de ello una prueba muy patente.

¿Qué opondreis, pues, á tantas autoridades reunidas? ¿Direis que vuestra experiencia os tranquiliza en cuanto al peligro de esas reuniones, y que nunca habeis sentido en ellas los funestos efectos que les atribuimos? Yo podría contextaros, que estais en un grave error, y que las llagas de vuestra alma son tanto mas peligrosas, cuanto que las sentís ménos. Quiero, con todo, conceder, que hasta ahora habeis sido invulnerables; que os habeis familiarizado con las serpientes, sin sufrir nunca su venenosa mordedura; que os habeis hallado en medio del fuego sin sentir sus ardores. Esto, que parece increíble, lo concedo. Pero, decidme, si no habeis recibido heridas, ¿estais tambien seguros de no haber causado ninguna, de no haber dado y ofrecido á nadie motivos para escandalizarse y ocasiones de caer? ¿Y os creéis inocentes de las faltas que habeis causado ú ocasionado?

4. Pero, en fin, me direis, ¿hemos de renunciar á toda clase de placeres y diversiones? ¿Hemos, pues, de sumergirnos en un profundo retiro, y renunciar enteramente á la sociedad? No por cierto, hermanos míos, la moral cristiana no lleva á tal exceso su rigor y severidad. Convenimos en que hay placeres lícitos y diversiones legítimas. El alma, como el cuerpo, necesita reposo y descanso; una y otro se debilitan y enervan por un trabajo y una aplicacion demasiado asiduos; y el Señor, al instituir la ley del sábado, miró tanto por el descanso que necesitamos, como por su culto y gloria propia. Pero, en primer lugar, ¿quién tiene derecho á esas diversiones por la religion y la decencia permitidas? Atrévome á decir, que no lo tienen las personas que suelen componer las reuniones mundanas. El derecho es, en este punto, una consecuencia de la necesidad; y la necesidad de descanso supone claramente la aplicacion y el trabajo. Por lo tanto, hermanos míos, que un hombre asiduamente ocupado en sus asuntos ó los del prójimo; que una mujer hacendosa, atenta á su gobierno doméstico y á las faenas de sus criados, se procure de vez en cuando algun solaz, y lo busque en el paseo, en una conversa-

cion familiar con amigos virtuosos, en un juego inocente y moderado, en una lectura instructiva y amena, todo eso está muy bien: semejantes recreos son necesarios: pueden ofrecerse y referirse á Dios, y entrar en la categoria de las acciones cristianas y meritorias; pero que un hombre, cuya vida se gasta inútilmente; que una mujer ocupada en bagatelas y fruslerías, cuya ocupacion mas grave es la de sus adornos y compostura, cuya vida consiste continuamente en dormir, comer, jugar, pasear y hacer inútiles visitas; que tal persona crea tener necesidad de diversiones, ¿no os parece eso absurdo y ridículo? ¿Qué es su vida, sino una diversion perpetua? ¿Hace otra cosa que variar sus placeres? ¿Y no se ve claro, que el tédio, que ella quiere evitar, es efecto de su criminal ociosidad?

En segundo lugar, la religion permite algunas diversiones, cierto; pero es preciso, hermanos míos, que estas diversiones sean legítimas de suyo, que no tengan nada peligroso para las costumbres, nada que pueda escandalizar al prójimo; es preciso que estas diversiones no os enajenen, no os hagan desterrar el pensamiento de la presencia de Dios, no menoscaben la atencion que le debeis, ni embaracen la oracion continua que Jesucristo nos preceptua; es preciso que estas diversiones nada tengan comun con las pompas de Satanás, á las que habeis renunciado; es preciso, en fin, que asaz diversiones sean tales, que despues de disfrutarlas con moderacion, podais continuar con mas actividad y ardor los ejercicios de devocion ó las funciones esenciales de vuestro estado. Decidme ahora, hermanos míos: ¿pertenecen á esta clase de diversiones los bailes, las danzas, las reuniones profanas? ¿Salís de ellos mas dispuestos á la oracion y á los ejercicios religiosos? ¿Os gusta mas y mas una vida séria y ocupada? ¿No os resentís, por el contrario, durante muchos dias, de la disipacion á que os abandonárais? ¿No os parece mas fastidioso el interior de vuestra casa? ¿Y no necesitais muchas veces descansar, para restaurar vuestras fuerzas agotadas por ese mentido solaz? Los bailes no tienen, pues, ningun carácter de diversion inocente, y así debeis renunciar á ellos, no frecuentándolos.

¡Oh, hermanos míos! la piedad os ofrece placeres mas reales y satisfactorios. Fiaos de la experiencia de todos los servidores de Dios: un solo dia en su casa, en dulce union con él, con tierna expansion de corazon en su presencia, vale mas que años enteros en los soberbios palacios de los pecadores. Hasta las lágrimas que la compuncion nos hace derramar á sus piés, son mil veces mas dulces que las risas insensatas que en salas y teatros resuenan. Estad, pues, llenos de la alegría pura que da la buena conciencia: vierta el Se-

ñor sobre vosotros la uncion de su gracia y los consuelos de la piedad; aléjeos, con sus castas delicias, de los falaces y peligrosos placeres con que el mundo os brinda, y eléveos, en fin, á la dicha suprema cuyas primicias son lo único que nos es dado saborear en la tierra: dicha que yo os deseo en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

## BAILES.

### II.

*Fortitudo vestra favilla stuppæ, et opus vestrum quasi scintilla.*

Vuestra fortaleza es igual á la pavesa de la estopa arrimada á la lumbre.

(Is. 1, 31.)

Puro era el hombre al salir de las manos de Dios. La tierra pura habia servido de materia para formar su cuerpo, y en este cuerpo puro habia inspirado Dios con su vivificador y purísimo aliento el espíritu de vida. Esta era la obra de Dios; y pura debia conservarse, so pena de perder la distinguida categoria que ocupaba entre los seres de la creacion, colocándose en un lugar inferior á las mas infimas criaturas. Descendió, en efecto, el hombre del trono de su grandeza; pero Jesucristo, haciéndose hombre, le purificó; ved aquí como para conservar la dignidad en que le constituyó nuevamente el Redentor, es preciso que se esmere en guardar intacta la pureza: en guardar intacta la pureza del soplo de vida que de los labios del Eterno salió puro para animar su cuerpo.

Sin embargo, vemos, que casi todos los hombres van perdiendo cada vez mas aquella pureza, que se hizo inseparable de su formacion. En nuestros dias se dan al olvido las leyes de la honestidad,

han degenerado los grandes sentimientos del corazón; y la sociedad se ha vuelto completamente materialista. En pos de estos desórdenes, que tan esencialmente afectan al individuo, á la familia y á la sociedad, han aparecido y aparecen, y quizás habrán de suceder todavía, males sin cuento, males privados y públicos, como expiaciones necesarias, que el Señor exige para dar satisfacción á su justicia, y amonestar constantemente á los hombres.

No con voz de apóstol, sino con voz de trueno, debiera hablarse á la generación presente, en la cual tan frecuentes hace la lubricidad sus desórdenes; ni la degradación repara en límites, ni hay remordimientos que basten á contener los excesos de tanta perversidad. ¿Dónde está la inocencia? ¿Dónde el pudor? ¿Dónde el decoro? ¿Dónde la virtud? Todo parece haber huido de la tierra, haciendo retroceder la sociedad á los tiempos del paganismo. Los hombres han levantado hoy en sus corazones altares á una pasión, que es la más vil y hedionda de las pasiones; preciso es, por lo tanto, que opongamos un fuerte dique á la gravedad del mal, procurando, en cuanto nos sea dable, cortarlo de raíz. A esto se dirige el presente discurso, en el que me propongo demostraros el peligro en que se ponen de perder la pureza los que concurren á los bailes. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Confieso, hermanos, que he vacilado antes de presentar á vuestra consideración este grave asunto; lo he meditado mucho, consultando á Dios por medio de la oración, porque si bien me hago cargo de la gravedad de los abusos que voy á censurar, no han podido parecerme desatendibles, en contraposición, ciertas razones, que me aconsejaban guardar silencio sobre tan delicado asunto. Ya sé, que al proponerme la difícil tarea de disuadirlos de que os retraigais de mundanas diversiones, que la costumbre ha generalizado mucho tiempo ha, y que por esto han adquirido, al parecer, un título al derecho de prescripción, ya sé, repito, que empezareis por oírme con desagrado, y creereis que voy á apartaros de esas diversiones. La dificultad es, en este caso, tanto mayor, en cuanto la predilección, que merecen esas diversiones á los hombres, es tal, que, como decía ya Tertuliano, refiriéndose á las costumbres de su tiempo, muchos se resistían á convertirse al cristianismo, mas por temor de verse privados de esos pasatiempos, que por el temor de ser martirizados algún día. DE SPECTACULIS II.

Comprendo, además, que voy á proponerme un imposible, que voy á perder el tiempo y á bogar contra viento y marea: en vano levanta-

tan su voz los ministros del Señor contra los excesos de los bailes; la sociedad se ha propuesto no retraerse por nada de estas diversiones. Por último, hermanos, no solo se hace poco menos que imposible vencer esas inclinaciones, sino que es difícil convencer á los hombres de la gravedad del abuso en este punto, pues, como dice el citado Tertuliano, la sensualidad es muy ingeniosa para buscar razones y especiosos argumentos con el objeto de defender lo que califica de derechos suyos; razones y argumentos presentados con cierta elocuencia en defensa de una mala causa por la cual aboga con entusiasmo. A pesar de todo, no quiero perder la ocasión de exponer á vuestra consideración toda la gravedad de un mal, que, tan deplorable influencia, ejerce en el individuo, en la familia y en la sociedad.

2. Nadie ignora, que todos nos sentimos fuertemente inclinados á los placeres sensibles. Por esto se lamentaba S. Pablo, de que sentía en sí propio una ley contraria á la razón. Cuando la ocasión se presenta, se echa de ver la violencia de esta mala inclinación, á la cual se nos hace muy difícil y penoso resistir. El que se expone voluntariamente á la ocasión, sucumbirá; porque Dios le niega los auxilios eficaces: *Qui amat periculum, in illo peribit.* ECCLES. III, 27. El príncipe de los apóstoles nos dice, que el demonio anda cerca de nosotros, buscando á quien devorar: *Circuit, quærens quem devoret.* I. PETR. V, 8. Y para conseguir su objeto, presenta primero la ocasión del pecado, por medio de la cual el enemigo tentador se introduce en el alma. Explora si hay en ella algún punto flaco por donde pueda penetrar; y cuando nos exponemos voluntariamente á la ocasión, fácil le es al demonio introducirse en el alma y apoderarse de ella. Esta fué la causa que indujo al pecado á nuestros primeros padres, por no haber evitado la ocasión: esto es también lo que ordinariamente sucede á los que concurren á los bailes.

La desenvoltura ó poca honestidad de los trajes, las palabras, y aun simplemente las miradas, todo en esta clase de diversiones, tiende á perder al hombre. Si el Espíritu Santo nos dice, que evitemos la compañía de personas jóvenes de diferente sexo, para no caer en pecado, ¿cuánto más debemos huir de estas reuniones tan peligrosas? Es imposible, que en ellas no ocurran mil ideas lúbricas y pensamientos deshonestos, que con la mayor facilidad pueden convertirse en graves pecados. S. Jerónimo, hablando de esta diversion, califica de vanos los propósitos de no consentir en la tentación, propósitos que puedan hacer los que á ella concurren, y se compadece de su temeraria presunción.

Si al enemigo de nuestra salvación se le permite entrada en el

pensamiento, seremos víctimas del pecado. Entre los pensamientos y las obras hay una relacion tan íntima, que, en realidad, el pensamiento ó la idea es el hombre; es decir, obliga al hombre á obrar, así en el orden moral como en el físico, con arreglo ó en conformidad con aquella idea. Segun que el hombre se dé á pensamientos santos, ó á pensamientos criminales, santas ó criminales respectivamente serán sus acciones; como quiera, que obrando siempre por precision segun le inspire su pensamiento, claro es, que nuestras acciones corresponderán, por punto general, á ese pensamiento; ved aquí porque siendo malo el pensamiento, mala habrá de resultar la acción.

Por muchas precauciones que tomemos contra los malos pensamientos, no solo nunca serán excesivas, sino que rara vez llegarán á suficientes. El mejor medio para evitarlos consiste, ademas del auxilio divino, en huir de las ocasiones, en retraernos de las diversiones peligrosas, en acudir con mucha frecuencia á la oracion, y en pedir con humildad á Dios los celestiales auxilios, sin los que no podemos triunfar de la tentacion. Ahora bien: despues de pasar la noche en la fastuosa confusion de los salones; ¿quién ha de pensar en dedicarse á la oracion? Fatigados por una parte y por otra, incapacitados de ocupar su entendimiento en graves reflexiones, los que han concurrido á un baile, despues de perder una noche ó gran parte de ella ceden al cansancio, rindense al sueño sin que su pensamiento esté despejado para fijarse en Dios.

Y á la mañana siguiente ¿cuáles serán las ideas que habrán de ocuparles con preferencia? ¿No les dominará todavía el cansancio, la pesadez de cabeza, la flojedad y dolor de los miembros? Al abrirse sus ojos ¿no será para ilusionarse con el recuerdo de las fantasmagorias que en la noche anterior los distrajeran? ¿No habrán de venirles á la memoria, no habrán de recordar con complacencia los triunfos y los resultados de las diversiones profanas? ¿No se les hará entonces mas apetecible la agitacion y mas desagradable todo lo que puede inducir al espíritu á concentrarse en la meditacion? A la mañana siguiente, que para los mundanos, que pierden la noche en las diversiones, empieza acaso al mediodía, ¿les quedará algun tiempo para dedicarlo á Dios? No; mil intereses fútiles absorberán su corazon y su mente.

3. Y si tales son los efectos de los bailes en general, ¿qué diremos de los bailes en los que las doncellas cristianas se entregan, digámoslo así, en los brazos de los jóvenes, bailes en los cuales la actitud bastante libre muchas veces, los movimientos estudiados y la

animacion consiguiente, hacen latir su corazon á impulso de aviesas inclinaciones? Si una sola mirada, como dice Jesucristo, puede ser un crimen de adulterio; ¿cómo calificaremos los abrazos y libertades que se permiten los jóvenes en esas diversiones? No tengo reparo en decir, que esos bailes modernos son verdaderos actos de prostitucion. Los jóvenes que se entregan á esas diversiones ¿cómo podrán salir sanos y salvos de ellas? La voluptuosidad respira por todos los poros sus peligrosas emociones y trastorna su corazon. Ya no, nos admira, que esos bailes impúdicos hayan merecido tanta aceptacion, que de las grandes ciudades hayan pasado á las mas insignificantes aldeas. El infierno no podia menos de propagar sin tregua ese principio promovedor de tantos desórdenes, esa nueva hoguera, que ha comunicado el fuego de una pasion impura á tantos corazones; esa diversion, que ha costado muchas lágrimas tan amargas como tardías. Debemos decirlo sin titubear: los padres de familia, que no tienen valor para impedir á sus hijos los abusos de que nos lamentamos, no cumplen con la mision que Dios les ha impuesto en la tierra. Son cómplices de la corrupcion de las costumbres; corrupcion que no conoce límites, y que malea y hace degenerar á nuestra juventud mas que las epidemias, que tantas víctimas ocasionan.

¡Gran Dios! el Evangelio nos aconseja, y aun nos manda, que nos demos á la gravedad, á la modestia y á la mortificacion, y sin embargo; ¡hay padres de familia, que quieren pasar plaza de cristianos, permitiéndole que sus hijos abusen hasta tal extremo de esas diversiones! ¿Son esos los lugares que deben frecuentar los discípulos de Jesucristo? ¿No hay en la turbacion, en las excitaciones que producen esos bailes, algo contrario á la gravedad y á la santidad evangélicas? En esa libertad de abrazarse y de tomar inmodestas actitudes, ¿que el baile se presta, ¿no hay algo, que repugna á la delicadeza de las personas piadosas y aun simplemente honestas? ¿Son para los cristianos esas fiestas y diversiones ruidosas, en que suelen triunfar la seduccion y los encantos mas peligrosos? ¿Pueden los fieles abandonar á esos fogosos torbellinos del placer sin mengua de su tranquilidad interior, sin menoscabo de su vida religiosa?

¡Madres de familia! alejad de esas diversiones á vuestras hijas. Os lo pide el cariño que las teneis, pues esos bailes, reprobados aun por los médicos mas ilustrados, producirán en ellas efectos perniciosos, y pueden fácilmente hacerles contraer enfermedades á veces incurables. La religion os lo pide tambien, porque esas diversiones mancharán su corazon y harán su alma víctima de la vanidad.

4. No creais, empero, que al clamar contra esos abusos vaya á